

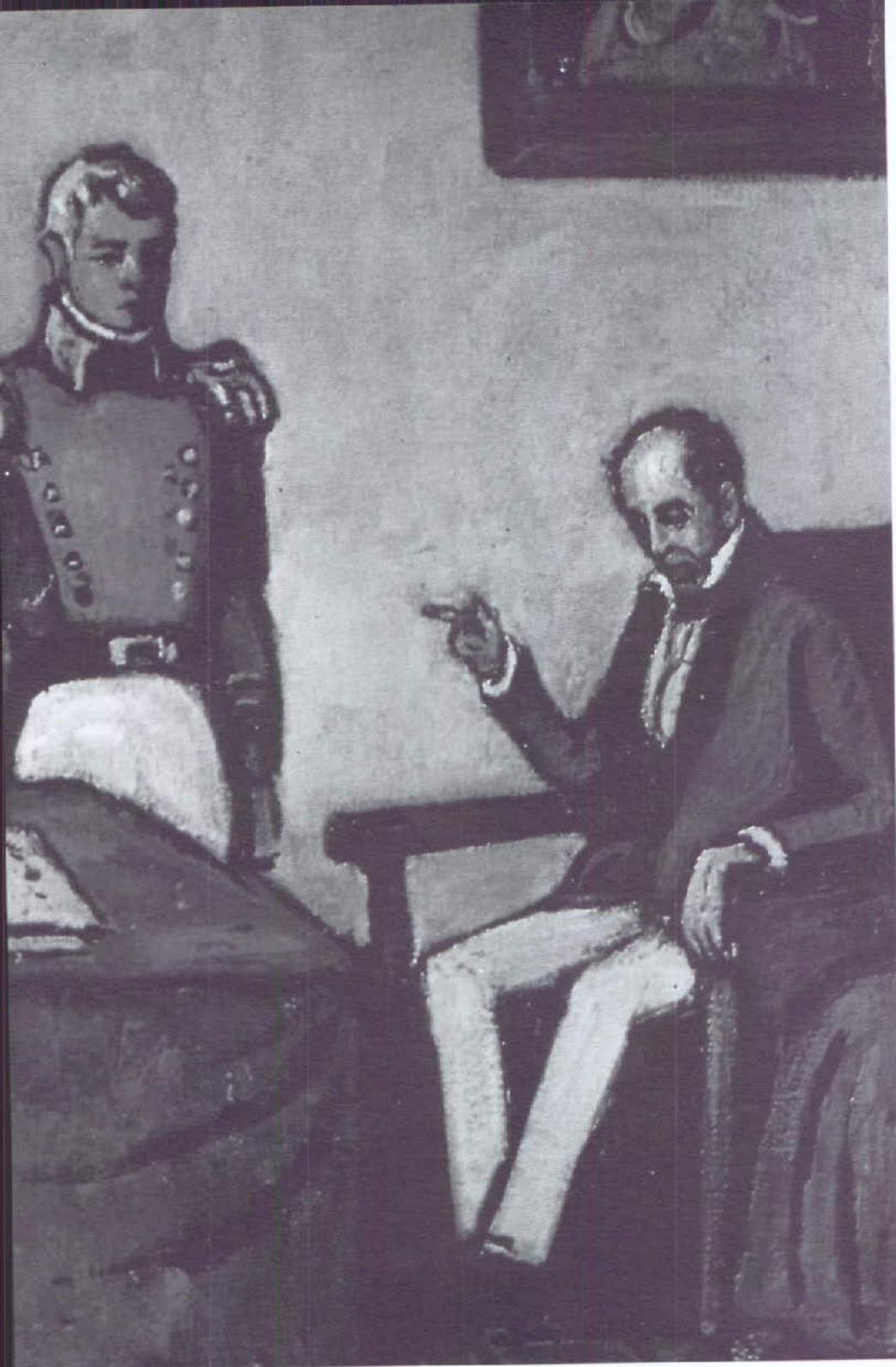
¿Cuál República? ¿Cuál Bolívar?

En 1830, cuando Venezuela se separa de Colombia, ocurre uno de los fenómenos esenciales de nuestra historia. Los protagonistas, los testigos y los herederos de la Independencia, deciden rectificar los pasos para transitar un camino solo y único que conduce hasta nuestros días sin solución de continuidad. Fecha esencial de la nacionalidad, 1830 puede tomarse como fundamento de la ponencia que tengo el honor de presentar ante esta prometedora Asamblea Nacional de Ciudadanos.

Pero, ¿por qué referimos al pasado, cuando vivimos la encrucijada del comienzo del siglo XXI, que nos solicita una determinación? Buena parte de los entuertos que pretendemos remendar, encuentran origen en una interpretación tendenciosa y superficial de la historia republicana. Seguramente tal interpretación no sea criatura exclusiva de la actualidad, pues cuenta con antecedentes remotos en la manera que han tenido muchos historiadores de entender la vida de los antepasados, y en la lectura de los políticos desde el siglo XIX. Sin embargo, la interpretación ha cruzado hoy los confines de la exageración y la tontería. Ha llegado hasta el dominio público para convertirse en base de un proyecto político, cuyo líder, el presidente Hugo Chávez, la divulga con entusiasmo digno de mejor causa.

El mandamiento de mi profesión obliga a un análisis convincente del pasado, hecho desde las conminaciones del presente. Un historiador no necesita otra justificación para mirar los antecedentes con los ojos de la problemática que lo rodea, pero la interpretación que ha cobrado cuerpo hasta llegar al climax debido a las incursiones del presidente Chávez en el territorio del ayer, es un indiscutible acicate. ¿No ha desembocado su incursión en el extremo de hacer que la nación se llame ahora, en términos constitucionales y como si cual cosa, *República Bolivariana de Venezuela*? Médula del argumento que ahora queremos criticar en sentido panorámico y negación de la fecha inaugural de 1830 referida al principio, conviene meterle el diente a tal denominación, para que cada quien calcule la envergadura del disparate que encierra.

La república que se hace oficialmente *Bolivariana*, niega la existencia del todo que la ha formado a través del tiempo. Cuando el primer mandatario y los legisladores privilegian lo bolivariano hasta el extremo de apuntarlo así en la Carta Magna, subestiman el resto de las temporalidades y de los individuos que forman el entramado de la vida nacional. Si recordamos que Bolívar es el artífice de la separación contra España y que ahora su obra, por decisión del jefe del



TESTAMENTO DE BOLÍVAR, FRAGMENTO
ÓLEO SOBRE TELA
FEDERICO BRANDT
COLECCIÓN PRIVADA, CARACAS

Estado y de los constituyentes, es la más preclara de nuestro devenir, es evidente cómo se formaliza una amputación del conocimiento y de la experiencia de la sociedad en relación con el pasado correspondiente.

¿Cómo queda el tiempo colonial, después de la modificación del nombre de Venezuela? ¿Qué pasa con los trescientos años fundacionales? ¿Qué pasa con la cultura y con la sensibilidad heredadas del conquistador, o fraguadas bajo su dominio? Ningún suceso digno de memoria permanece del extenso capítulo de vivencias, debido a que ahora la nación ha recibido en la pila bautismal el nombre de quien se encargó de derrotar a los españoles. Si se asume la denominación como un sacramento cívico, Venezuela nace entre 1811 y 1830, lapso en el cual acapara la escena el único adalid oficial, para que el tiempo anteriormente transcurrido ocupe, si no el basurero de la historia patria o el limbo nacional, un lugar que apenas llegará a la plaza de los segundones.

El nacimiento atado a un solo personaje, genera el problema adicional de la sobreestimación del tiempo en el cual vivió. La Independencia pasa a ser la época de las épocas, en detrimento de las anteriores, mas igualmente en perjuicio de las posteriores. La bolivarianización oficial de la república, obliga a la creación del templo de la Independencia para que busquemos en su contenido la iluminación y la salvación. La hazaña que la Independencia de veras fue, ayuda a la sacralización. Ciertamente los protagonistas de entonces triunfaron sobre una de las potencias más poderosas del mundo y terminaron fundando una colectividad autónoma. Sólo que, por razones obvias, no puede convertirse en paradigma de redención. Entre otras cosas, porque fue obra de un lapso y cumplió a duras penas los cometidos planteados por los hombres para tal lapso, con la po-

sibilidad de proyectarse hacia el porvenir sólo en términos razonables. No es tiempo congelado, no es espacio exclusivo para la búsqueda de remedios, sino sólo en términos relativos. La tiranía del calendario, que provoca la caducidad de los días y la muerte de los individuos que los animaron, independientemente de su estatura de protagonistas, conspira contra la pretensión de los ofiциantes de fabricar una sola época dorada y adorada.

Una pretensión a la cual se suma el ocultamiento de lo que realmente fue la Independencia, laguna susceptible de impedir el entendimiento del rompecabezas que tratará de soldar la república más adelante. La codificación heroica se desentiende de la tragedia que en el fondo sucedió. Olvida que la Independencia fue una guerra capaz de engendrar odios desconocidos, que fracturó el estado de derecho y quebrantó la convivencia pacífica, provocó el nacimiento de hombres brutales que jamás habían existido, diezmó a la población, quemó la riqueza de los campos, paralizó el comercio y la educación. Cuando termina la contienda, la bonanza material de las postrimerías coloniales deviene tierra arrasada. La Independencia no sólo deja glorias, sino también un agujero inédito que deben llenar los hombres del mañana. Los testimonios de destrucción no convienen a la liturgia de la epopeya, pero tampoco a los fundadores de la república quienes deben enfrentar, en 1830, el reto de un país que apenas existe en el papel de los mapas.

Aparte de los señalados, uno de los mayores lastres que deja la Independencia es la falta de ciudadanía. La guerra a muerte no permite que los hábitos del vasallo sean reemplazados por la rutina del ciudadano. El experimento colombiano, al crear una configuración ingobernable por su vastedad y por la disímil composición de sus pueblos, al preocuparse exce-

sivamente por el concierto entre los hombres de armas y los clérigos, antagonistas entonces del rol revolucionario de la ciudadanía, carece de los medios para la implantación de una sociabilidad republicana. La proclamación de la ciudadanía no se sale de la tinta de los documentos, para que quede pendiente el nacimiento de la figura medular de la república. La mayoría de los promotores de la Independencia en sus inicios, son criaturas de la aristocracia. Pertenecen a su respectivo presente, pero también a un pasado de inmunidades y garantías que chocan con el principio de la igualdad ante la ley. Quieren hacer una república, sin que se pierdan sus privilegios de descendientes del tronco conquistador o de hijos de la Iglesia. El impedimento de su origen les niega licencia para que accedan al republicanismo puro. Prefieren cabalgar sobre los dos caballos, para que la ciudadanía sea entonces una fantasía y un reto incómodo.

Bolívar fue uno de esos jinetes en las dos bestias a la vez. Los primeros pasos de su vida pública son los del joven quien, mientras disfruta la atracción de la Ilustración burguesa, reivindica su calidad de líder del nuevo orden en cuanto hijo de mantuanos. Sus escritos de Jamaica, van por los fueros de la aristocracia llamada a convertirse en fiel de la balanza ante el declive de la monarquía. Después, en el Discurso de Angostura, se muestra como publicista de una república cabal que dependa de la iniciativa y la capacidad de los individuos, pero ve en la ciudadanía una arquitectura trabajosa debido a la ineptitud histórica de los venezolanos para consumir el menú de la libertad. De allí su atrevimiento del Senado Hereditario y su plan de inocular virtudes cívicas a los hombres desde la cúpula, como si fueran párvulos obligados a la custodia de un tutor. Pero también se cobija bajo la misma piel el soldado

sacrificado que pierde la fortuna familiar para cambiar el mapa de América y para mejorar la suerte de sus habitantes de humilde condición. Y el hombre que rumia el estropicio de la casa que ha querido levantar y que se le viene abajo irremediadamente debido a la endeblez de sus bases. Producto de su tiempo y representante de su linaje, quizá no podía llegar, aunque lo intentó, a una postura de otra naturaleza en la concepción de la república.

¿Será el grande hombre que examina con pinzas la realidad para demorar el advenimiento de la democracia y el natalicio de la ciudadanía, el que se asocia oficialmente al nombre de la república de Venezuela? ¿O el capitán de un ejército que en sus mejores horas miró al pueblo con benevolencia? Hay que pensar el asunto, para insistir en la tropelía que ha significado la flamante denominación que ostentamos como nación. Hay que pensar en el grande hombre cuyo pensamiento evoluciona hasta llegar al desencanto frente a lo realizado, para medir el tamaño del anacronismo que significa su transformación en oráculo. Pero ahora las preguntas sirven para calcular la trayectoria de los hombres que se encargarán del destino del país en 1830 y para considerar cómo inician el único tramo de república que nuestra sociedad ha vivido.

Los tumbos de Venezuela

Los hombres que reaccionan contra el designio bolivariano, han tenido mala prensa entre nosotros, especialmente desde la entronización del presidente Chávez como pontífice de la historiografía. Se les ha presentado como reos del pecado de parricidio o, en el mejor de los casos, como unos gobernantes incapaces en cuyas manos comienzan los tumbos de Venezuela. Son lo contrario, sin embargo.

La República que se hace oficialmente *Bolivariana*, niega la existencia del todo que la ha formado a través del tiempo. Cuando el primer mandatario y los legisladores privilegian lo bolivariano hasta el extremo de apuntarlo así en la Carta Magna, subestiman el resto de las temporalidades y de los individuos que forman el entramado de la vida nacional.

Los tumbos de Venezuela habían empezado en 1810. La generación de 1830 hace el primer diagnóstico plausible de la realidad y llega a la comprensible secesión que requería la comarca para librarse del atolladero colombiano. La generación de 1830 se encuentra con el enigma de una sociedad desacostumbrada a reflexionar sobre sus urgencias, y termina dejando un pensamiento solvente como jamás se había producido. Recibe un paisaje de escombros y lo convierte en habitación soportable. Recibe una economía en bancarota, un Estado sin policía republicana y sin vínculos internacionales, pero en menos de dos décadas hace que se modifique la situación para que comience una existencia llevadera. Entonces un país desastrado da paso a una alternativa de convivencia tranquila y moderna.

Encuentran la clave en un gobierno que apenas se entrometa en la vida de los particulares, una fractura ante las concepciones céntricas del régimen civil que predominaban desde la colonia y habían permanecido durante la Independencia. Entienden que la suerte de la sociedad radica en la dinámica que impriman los negociantes al proceso de creación y distribución de la riqueza, mientras la autoridad establece reglas claras para el movimiento y provee herramientas como caminos, educación moderna y seguridad. Incorporan las nociones de competitividad, productividad, disciplina y responsabilidad individual como pilares del bien común, e inician el combate de los elementos parasitarios que campeaban en la víspera: los hombres de armas y los religiosos, cuyos fueros eliminan. Llamaban la atención sobre las ventajas del comercio, sobre la creación de la banca, y sobre la trascendencia del espíritu de empresa. Inician una explicación de rudimentos, para que el pueblo desacostumbrado a los rigo-

res del trabajo y a la posibilidad del ascenso social a través del esfuerzo personal, participe en el experimento. Además, pretenden respetar la división de los poderes públicos y la alternabilidad de los funcionarios. Una revolución frente a las ideas sobre el control de la sociedad y sobre el rol de los ciudadanos, acompañada con la introducción de usos auspiciosos en la esfera de lo público, en suma.

Sujetos comprometidos con el destino de Venezuela, en lugar de traidores, construyen un ensayo de república cuyos fundamentos nadie se atreve a negar en el futuro. Los preceptos y las líneas de conducta establecidos en la Constitución de 1830, se convierten en guías para el itinerario de la república una y única que ha tenido el país. Sólo que un plan tan atrevido que obligaba al trabajo y a la competencia mientras censuraba a los parásitos, la mayoría poderosos y abundantes, encuentra resistencias que impiden el florecimiento de la semilla o la dejan para una siembra posterior. Los militares y los sacerdotes quieren su tajada del pastel. La gente que se ha formado en el paternalismo tradicional, no está satisfecha con la amenaza de los horarios que se cierne sobre su apacible cotidianidad. El pueblo llano se siente despreciado, no sin razón, por un proyecto que los coloca en la orilla en cuanto les niega el ejercicio de los derechos ciudadanos. La antigua caridad de los católicos de cuño español se ve desplazada por la solidaridad mezquina que puede ofrecer el capitalismo naciente. No está el rey, ni el Libertador Presidente, para recibir en su regazo a los propietarios quebrados por las leyes modernas y por la voluntad del hombre de negocios que quiere convertirse en árbitro de la vida. De allí que el paraíso de fomento material acariciado por los notables José Antonio Páez, Carlos

Soublette, José María Vargas, Santos Michelena, Domingo Briceño, José María Rojas..., desemboque en la guerra civil y en la búsqueda de un ángel guardián que terminará por mostrar, sin salirse de la formalidad de las reglas del juego, otra faz de la misma república.

Llamado por los notables, José Tadeo Monagas recibe una invitación para salvar el designio. Ocurre lo contrario, por desdicha. Lo transforma, para colocarlo al servicio de su interés de hombre de presa. Un interés que conduce al sofocamiento de la ciudadanía que despuntaba, a la negación de la iniciativa individual y de la deliberación. En adelante, la república se debatirá entre la idea de los fundadores y las agallas del personalismo, entre la alternativa de los hombres conscientes y responsables y el reino de las masas adosado a la voluntad de un dictador. Ciudadanía y camarillas, dignidad e indignidad, honradez y deshonestidad, reunidos por los fundadores que han matado el tigre y le han tenido miedo al cuero, que han capitulado para no desaparecer del todo, llenarán en adelante los capítulos fundamentales de la misma historia en el siglo XIX, como la Guerra Federal y el guzmanato; y esperarán la posibilidad de un desenlace cuando desaparece con el gomecismo, en el siglo XX, lo que parecía el último corolario de la componenda efectuada para el mantenimiento de la república moderna.

El anhelo de la civilidad abocetada en 1830 permanece en la literatura de los godos y los liberales, pero no en sus actitudes más elocuentes. Está en el *Decreto de Garantías* proclamado cuando arranca la Federación, pero se esfuma en la abulia de Falcón, en el fusilamiento ilegal de Matías Salazar y en la petulancia de Guzmán. Reaparece en los letrados que se burlan de Crespo, pero es negada por la depredación de tesoro público en tiempos

de carestías materiales y por la influencia de un yerbatero en la casa presidencial. A veces se asoma en la esperanza que los pobres depositan en un Mocho Hernández que convida a llamativos mítines, para desaparecer en el fraude electoral que convierte a Ignacio Andrade en Presidente. Anima el carnaval de 1928, para terminar en las jaulas de La Rotonda. Exhibe un perfil más categórico luego de la movilización colectiva y de la dinámica partidista que suceden al 18 de octubre de 1945, pero languidece por el predominio masivo de Juan Bimba. Es el drama de la república mostrándose como fenómeno bifronte, en la medida en que nadie, ni el más fiero de los hombres de presa, ni el más rapaz de los burócratas, se atreve a abjurar del credo proclamado después de la desmembración de Colombia. En lugar de una rene-gación, usan la máscara que oculta los signos de un proceso caracterizado por la burla de los preceptos de la Constitución fundacional, los cuales pugnan por la sobrevivencia y que no dejan de estorbar el imperio de la antirrepública.

Al limitar el ejercicio ciudadano, en su camino que ya pasa del siglo, la antirrepública ha conculcado la soberanía popular, pero no ha logrado que su influencia desaparezca como motor de los asuntos públicos. Dos acontecimientos señalan su recuperación, aunque transitoria: el 18 de octubre de 1945, hasta el derrocamiento del presidente Gallegos, y el 23 de enero de 1958, hasta cuando, luego de recorridos tres lustros de cohabitación constructiva, volvió a hacer muecas otra vez la cara oscura del animal bifronte. La república se encumbra en aquellos dos lapsos estelares y luego permanece en la sala de espera, llamando a la conciencia para el retorno al manadero de 1830.

Tal vez sea lo que queramos hacer aquí y ahora, partiendo de una tradi-

ción que, pese a los obstáculos que se han mencionado, ya forma parte de la sensibilidad venezolana. De lo contrario, no hubiera podido congregarse en esta sala una representación tan calificada y numerosa de ciudadanos deseosos de ocupar el lugar céntrico que sólo han retenido fugazmente. Lo cual indica sin equívocos, cómo la historia no ha pasado en vano. Pero una historia parecida a la que he tratado de comentar, hecha sin la dirección de un solo Dios verdadero, formada por periodos parejos y aleccionadores, todos y cada uno; y, sobre todo, dispuesta a reanudar su carrera sin capataz y sin borregos, como la república que pudo ser al principio y todavía no ha sido.

ELÍAS PINO ITURRIETA
HISTORIADOR

